

TEMAS

A UN SIGLO DE LA REVOLUCIÓN DE OCTUBRE: LEJANA EN RETROSPECTIVA, CERCANA EN PROYECTIVA¹

Andrés Cabrera*

*La naturaleza humana,
que es frívola de raíz y puede compararse con el polvo levantado,
no soporta las cadenas, y si se encadena a sí misma,
no tarda en empezar a forcejear con los grilletes,
y a desgarrar y a dispersar
en todas las direcciones de la muralla, la cadena y a sí misma.*

Franz Kafka, 1917.

¿A qué distancia nos encontramos del acontecimiento más trascendente del siglo XX? El marco cronológico, nos dirá de forma llana y simple: a exactos 100 años. Sabemos, no obstante, que la versatilidad del tiempo histórico rebasa con creces el plano meramente cronológico. Y no solo eso, la versatilidad del tiempo histórico hace estallar el hito en un sinnúmero de interpretaciones, dentro de las cuales, estas breves páginas no son más que un ínfimo fragmento del microcosmos teórico e histórico desatado por la Revolución de Octubre.

Diez días que estremecieron al mundo. Así definió el acontecimiento de 1917 el activista estadounidense John Reed. La pluma de Reed desembocó en una intensa crónica periodística subsumida en la cresta de una ola revolucionaria que lo llevó al sur de los Estados Unidos para bosquejar de primera fuente el

1 Gran parte de los autores y apuestas teóricas incorporadas en este artículo, forman parte de discusiones colectivas sostenidas intermitentemente, y donde el tópico de la revolución, por supuesto ha estado merodeando en varias oportunidades. En esta línea, mi agradecimiento para las conversaciones sostenidas con Alberto Mayol, Roberto Vargas, Felipe Pimentel y Pedro Sepúlveda. Muchas de las referencias aquí trabajadas provienen de sus recomendaciones. Por supuesto, hipótesis y lecturas cuestionables; así como también, eventuales desprolijidades en el texto, son de exclusiva responsabilidad de quien escribe.

* Director Fundación Crea, miembro de CISEC, USACH

México Insurgente liderado por Pancho Villa². A los pocos años, el joven periodista fue arrastrado al frente occidental a cubrir la primera guerra mundial para, posteriormente, recalar en una Rusia convulsionada. Allí, John Reed retrató *in situ* la coyuntura revolucionaria; aquella circunstancia que aprovecharía formidablemente la conducción bolchevique –junto a las organizaciones obreras de Petrogrado (el corazón de la insurrección), el campesinado y las milicias zaristas que desertaban en masa de la Gran Guerra– para alcanzar la conquista del poder del Estado³. ¡Todo el poder a los Soviets! fue la bandera de lucha levantada. La imagen proyectada, fue la confluencia de la hoz y el martillo; síntesis de una sociedad agraria, proletaria y socialista. Contra todo pronóstico, y en la sociedad más “feudalizada” de Eurasia, los bolcheviques conquistaban el poder político, transmutándolo en hegemonía cultural y, por supuesto, en una apuesta económica que lograba socavar la propiedad privada de los medios de producción a partir de un Estado conductor transformado en agente económico de primer orden. ¿Significaba que el modelo soviético escapaba a las lógicas de reproducción del sistema capitalista?

Antes de abordar esta pregunta –quizás la más relevante entre las problemáticas lanzadas por la teoría crítica a fines del siglo XX– es necesario mencionar que el intenso oleaje revolucionario registrado a inicios de éste siglo se encontraba en gran medida desencadenado por un contexto de expansión imperialista que mostraba una ‘muda capitalista’ distinta, en ciertos aspectos, a la descrita por Marx medio siglo atrás en la primera edición de *El Capital. Crítica de la economía política* (publicada en 1867). Para el emblemático líder de la revolución, V. I. Lenin, la *nueva o novedosa era del capitalismo* mostraba una tendencia monopolista que barría con la lógica de la libre empresa y la competencia, concentrando en pocas manos la producción industrial y el capital a partir de Estados imperialistas que, como consecuencia de su pretensión expansionista, colisionaron en la catástrofe de la Primera Guerra Mundial⁴. Por supuesto, la lectura de Lenin no significaba una ruptura con el análisis desarrollado por Marx, sino que muy por el contrario, representaba una nueva modalidad de las tendencias reproducidas por el devenir capitalista desde ‘La llamada acumulación originaria’ (cap. XXIV de *El Capital*). Recordemos que, para Marx, “el preludio de la revolución que

2 Reed, John [1914]. *México insurgente*. Editorial Txalaparta, Tafalla, 2005.

3 Reed, John [1919]. *Diez días que estremecieron el mundo*. Editorial Txalaparta, Tafalla, 2007.

4 Referimos a la famosa obra de Lenin, escrita en Zurich en la primavera de 1916 (y publicada por primera vez en San Petersburgo meses antes del estallido de la revolución, en 1917), *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. En: Lenin, V.I. *Obras. Tomo V 1913-1916*. Editorial Progreso, Moscú, 1973. Vale mencionar que la traducción del título al español no ha estado exenta de polémica, en particular, en lo que refiere al concepto: ‘superior’. No podemos detenernos sobre este punto acá, pero nos limitaremos a ofrecer un par de referencias de importancia. Boron, Atilio: “El imperialismo: ¿fase superior o “lo nuevo” del capitalismo?”. Disponible en: <http://www.atilioboron.com.ar/2013/09/el-imperialismo-fase-superior-o-lo.html>. Erick Hobsbawm. *Trilogía. La era del imperio. Crítica*, Barcelona, 2013, p. 681.

creó la base del modo de producción capitalista ocurrió en el último tercio del siglo XV y los primeros decenios del XVI⁵. A ojos de los revolucionarios, no era poca historia la que se estaba comenzando a transformar.

La Revolución de Octubre se constituyó en un signo que marcó a sangre y fuego la historia del siglo XX. La imagen de la Toma de la Bastilla (1789) –culminación del ‘siglo de Las Luces’ que prontamente derivaría en ‘terror revolucionario’ a manos de Robespierre⁶– centelleaba en la imaginación de las vanguardias socialistas que proyectaban la revolución mundial a mediados del siglo XIX; entre ellas, los más prodigios de aquella generación, Karl Marx y Fredrich Engels⁷. La revolución burguesa, por supuesto, también fulguró posteriormente en las mentes y corazones de los principales liderazgos de la revolución bolchevique⁸.

Un primer contraste que no debiese pasar desapercibido entre los acontecimientos revolucionarios más sorprendentes que ha conocido el mundo moderno y contemporáneo; graficados en las imágenes de la Toma de la Bastilla y el Asalto al Palacio de Invierno, es que la gran diferencia que existe entre la Revolución de Octubre y la Revolución Burguesa-Francesa (1789), es que la primera es capaz de conquistar de manera audaz e inmediata el poder político, mientras la segunda, permite la expansión económica de la burguesía, generando en el plano político una especie de híbrido monárquico-parlamentario. La Revolución Francesa no logra implantar un nuevo orden hegemónico en términos políticos, si –por el contrario– una diferenciación de bandos capaces de contener la violencia política que había llegado a límites extremos durante el período del ‘Terror’ (1793-1794). Tal como destaca Eric Hobsbawm: “la burguesía fue lenta en hacer valer sus derechos como clase dirigente”⁹. Curiosamente, expandió la Revolución al resto

5 Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la economía política. Libro I - Tomo III*. Akal, Madrid, 2012, p. 203.

6 Cabe mencionar la adhesión que, a pesar de los “excesos de la revolución”, mantuvo G. W. F. Hegel con la Revolución Francesa. Acercamiento que quedó completamente reflejado en su obra *Fenomenología del espíritu. Ciencia de la experiencia de la conciencia* (1807). Esta postura le acercó a los jóvenes revolucionarios alemanes nucleados en la ‘izquierda hegeliana’. Véase: Breckman, Warren. *Marx, the Young hegelians and the origins of radical social theory*. Cambridge, University Press, 2001. También, la edición de José María Ripalda. *El Joven Hegel. Ensayos y esbozos*. FCE, Madrid, 2014.

7 Un documento de gran valor para retratar el período y personajes aludidos en la producción cinematográfica dirigida por Raoul Peck, *Le jeune Karl Marx [El joven Marx]*, 2017.

8 Al respecto, Véase: Pierre, Broué. “Trotsky y la Revolución Francesa”. Trad. Rossana Cortez de “Trotsky et la Révolution française”, *Cahiers Leon Trotsky* N° 30, junio de 1987, Paris, Institut León Trotsky, pp. 49-68. Disponible en: <http://www.ceip.org.ar/Trotsky-y-la-Revolucion-Francesa>, 1553.

9 Este análisis de Hobsbawm se encuentra en un libro que regresa sobre la Revolución Francesa titulado: *Los ecos de la marsellesa*. “Limitémonos a aceptar que en 1789 no había una burguesía con conciencia de clase que representara la nueva realidad del poder económico y que estuviera preparada para tomar las riendas del Estado y de la sociedad; en la medida en que una clase como esta puede discernirse a partir de la década de 1780, su objetivo no era llevar a cabo una revolución social sino transformar las instituciones del reino; y en todo caso, no concebía la cons-

de continente por medio del afán imperialista de Napoleón y sus tropas (que precisamente son estrepitosamente derrotadas en el frente ruso en 1812, a pesar de que son capaces de llegar a la mismísima Moscú). Sin embargo, no consolidó la revolución al interior de Francia, cuestión que posibilitaría el advenimiento de la restauración entre 1814 y 1830.

En el caso ruso, el *coup d'état* (golpe de Estado) conducido por el ‘genio bolchevique’ es capaz de consolidarse en el tiempo, de estabilizarse, imponerse y masificarse. Para alcanzar dicho objetivo, por un lado, debió aplastar a la reacción contrarrevolucionaria (‘momento jacobino’). Por el otro, requirió conquistar la hegemonía interna del proceso. Es el momento en que la revolución se vuelve legítima para los más amplios estratos de la sociedad¹⁰. Para esta última conquista, fue decisivo que la facción bolchevique llevara a cabo la política que el gobierno provisional de Aleksandr Kérensky había resistido tras la Revolución de Febrero: sacar a Rusia de la Gran Guerra, cuestión ratificada tras la Revolución de Octubre con el Tratado de Paz de Brest-Litovsk (marzo de 1918) firmado por el Comisario de Relaciones Exteriores del gobierno bolchevique en ese entonces, León Trotsky, y los representantes del imperio Alemán, imperio Austrohúngaro, imperio Otomano y Bulgaria. Junto a esta apuesta política, una cuestión fundamental para la consolidación hegemónica de la revolución al momento de producirse el estallido, se debe a que las ‘trincheras organizadas’ que habían cavado las vanguardias revolucionarias en las décadas previas –en mayor medida, desde el espasmo revolucionario previo en 1905– habían logrado disputarle la hegemonía cultural al zarismo. En efecto, los soviets activaron una red organizativa capaz de unificar a los sectores subalternos (obreros, soldados y campesinos) y conquistar el poder político en 1917.

¿Resplandeció la ‘imagen’ de la Revolución de Octubre en el imaginario de las vanguardias revolucionarias a mediados del siglo XX? Sin duda. Basta tomar como ejemplo en América Latina a los grupos armados que se alzaron con la victoria en Cuba en 1959 para ratificar esta opción¹¹.

Ha transcurrido un siglo. Ha devenido un signo. Y en tanto signo, la Revolución de Octubre es, por sobre todo, un campo ideológico en disputa: “Todo lo ideológico posee *significado*: representa, figura o simboliza algo que está fuera de él. En otras palabras, es un *signo*. *Sin signos, no hay ideología*”,

trucción sistemática de una economía capitalista industrial”. Hobsbawm, Eric. Los ecos de la Marsellesa. Crítica, Barcelona, 1992, p. 26.

10 Véase la imprescindible caracterización realizada por Álvaro García Linera “Tiempos Salvajes. A cien años de la revolución soviética”. En: Andrade, Juan & Hernández, Fernando. (Eds.). 1917. La revolución rusa cien años después. Akal, Madrid, 2017.

11 No debemos olvidar en este plano el icónico libro de Harnecker, Marta. La revolución social (Lenin y América Latina). Editorial Contrapunto, Buenos Aires, 1986.

señaló tempranamente el lingüista ruso Valentín Voloshinov¹², uno de los tantos hijos prodigios que diseminó el torbellino revolucionario.

Pues bien, ¿Cuál es el *significado* de la Revolución de Octubre en los albores del siglo XXI? O, más específicamente, ¿Qué tan lejanos o qué tan próximos nos encontramos de aquella experiencia revolucionaria? Propongo para esta pregunta una respuesta un tanto arriesgada: si se mira en retrospectiva (hacia el pasado), podemos establecer que la Revolución de Octubre parece bastante lejana. Por el contrario, si se mira en proyectiva (hacia el futuro), la misma revolución pareciera observarse un tanto más cercana. ¿Cómo es posible esta paradoja? Mi impresión (y la de otros autores), es que el mundo contemporáneo comienza a adoptar ciertas características que lo asemejan al cambio de época que el orbe experimentó durante el catastrófico apogeo del “período imperialista” (tránsito del siglo XIX al XX). Por definición, una revolución es imposible predecirla “a ciencia exacta”, tanto en su irrupción social como en su derivación. Nadie puede saber con exactitud cuando el ‘topo de la historia’ surgirá desde el fondo de la tierra, ni que camino tomará en el instante de la emergencia. Lo que sí es posible hacer mediante el recurso histórico es, ya no anticipar, sino más bien, comparar y observar tendencias. Y es en este plano donde algunas semejanzas entre los cambios de siglo (del XIX al XX y de éste al XXI) no deben descartarse.

En retrospectiva, es evidente que la Revolución de Octubre parece distante, porque nos hemos topado hace tan sólo un par de décadas con su estrepitoso derrumbe. Que distante se percibe al día de hoy la fervorosa ‘Oda a Stalin’ que dedicara el Premio Nobel de Literatura, Pablo Neruda, en el contexto de la muerte del “hombre de acero”. «Stalin, con su paso tranquilo, entró en la Historia acompañado de Lenin y del viento. Stalin desde entonces fue construyendo. Todo hacía falta. Lenin recibió de los zares telarañas y harapos. Lenin dejó una herencia de patria libre y ancha. Stalin la pobló con escuelas y harina, imprentas y manzanas. Stalin desde el Volga hasta la nieve del Norte inaccesible puso su mano y en su mano un hombre comenzó a construir»¹³.

En la actualidad, es como si las ruinas del “socialismo realmente existente” en el oriente europeo impidieran el libre tránsito hacia los albores del siglo XX, aumentando nuestra distancia histórica con el acontecimiento revolucionario que marcó del desarrollo histórico de la centuria pasada. Por supuesto, no es aconsejable ‘by-pasear’ estas ruinas para llegar a un Lenin pulcro, desprovisto de las “desviaciones del marxismo-leninismo” estalinista. La derrota debe ser asumida con sus éxitos y sus fracasos. Es este axioma el único que puede prevenirnos de ciertas idealizaciones acerca de los fenómenos revolucionarios –procesos que

12 Voloshinov, Valentín. *El marxismo y la filosofía del lenguaje*. Editorial Alianza, Madrid, 1992.

13 Neruda, Pablo. “Oda a Stalin”. En: *Las uvas y el viento*. Editorial Nascimento, Santiago, 1954. Otros artistas compenetrados con la URSS y el liderazgo de Stalin, irían incluso más allá. Es el caso del muralista mexicano Luis Alfaro Siqueiros, quien estuvo al mando de la operación que intentó asesinar a Trotsky en 1940, cuando éste se encontraba en México bajo el estatus de refugiado político.

nunca son “miel sobre hojuelas”– ya que desatan las pasiones más brutales del ser humano; en las sociedades capitalistas, las pasiones del interés privado. No debemos olvidar aquí las sarcásticas palabras del filósofo y psicoanalista esloveno Slavoj Žižek advirtiendo a las “bellas almas revolucionarias” acerca de la brutalidad con que se impone una revolución; palabras que nos permitimos citar en extenso debido a la proximidad que presenta con las ideas aquí expuestas:

“El desplazamiento del que nos ocupamos aquí es el desplazamiento dialéctico clave –que resulta más difícil de comprender para una “dialéctica negativa” enamorada de las explosiones de negatividad, con todas las formas imaginables de “resistencia” y “subversión”, pero incapaz de superar su propia situación parasitaria respecto del orden positivo precedente– de la danza salvaje de la liberación del Sistema (opresivo) a (lo que los idealistas alemanes llamaban) el Sistema de la Libertad. Alcanzará aquí con dos ejemplos de política revolucionaria: es fácil enamorarse de los librepensadores que florecieron en la Francia prerevolucionaria de finales del siglo XVIII, de los libertarios que debatían en los salones disfrutando de las paradojas de sus propias incoherencias y de los artistas patéticos que divertían a quienes estaban en el poder con sus propias protestas contra el poder. Es mucho más difícil adherir al reverso de esta inquietud bajo la forma incómoda del nuevo orden que impone el Terror revolucionario. De la misma manera, es fácil enamorarse de la loca inquietud creativa de los primeros años posterior de la Revolución de Octubre, con los supremacistas, futuristas, constructivistas, etc., que competían por la primacía del fervor revolucionario; más difícil resulta reconocerse en los horrores de la colectivización forzosa de finales de los años veinte, el intento por traducir ese fervor revolucionario en un nuevo orden social positivo. Nada produce más rechazo ético que las bellas almas revolucionarias que se rehúsan a reconocer en el cruce del presente posrevolucionario la verdad florecida de sus propios sueños acerca de la libertad”¹⁴.

Asir la Revolución de Octubre, significa adentrarse en sus más notables éxitos y en sus más rotundos fracasos. En el primer caso, la consolidación en el tiempo de la Revolución de Octubre posibilitará la victoria del Ejército Rojo en el frente oriental en contra de los intereses expansionistas del III Reich en el marco de la Segunda Guerra Mundial; condición *sine qua non* para sentenciar el triunfo de los aliados y la rendición de la Alemania Nazi. No es posible obviar el hecho de que la enorme capacidad bélica alcanzada por la URSS en menos de tres décadas¹⁵ es una consecuencia directa de una inédita planificación del Estado por

14 Žižek, Slavoj. *Visión de Paralaje*. FCE, Buenos Aires, 2006, p. 13.

15 Si bien es indudable que la Rusia zarista tenía una capacidad militar importante, es sintomático el dato que más de una década antes de que se desencadenara la Revolución de Octubre, el imperio ruso había sido derrotado por Japón (1904-1906). Tal como hemos establecido anteriormente,

medio de planes quinquenales¹⁶ que permitieron a una de las sociedades más atrasadas y expoliadas de Eurasia convertirse en un actor hegemónico a nivel mundial en el transcurso de una generación. A partir del crash económico de 1929 y sobre todo tras la debacle de la Segunda Guerra Mundial, se consolidará un tipo de ‘Estado de bienestar’, en Europa occidental y el mundo anglosajón, así como también, cierta forma de ‘Estado desarrollista’ en gran parte del concierto latinoamericano. Por su puesto, estos cambios operaron como un esfuerzo de contención ante la expansión del ‘socialismo real’.

Por su parte, la caída del Muro de Berlín (1989), fue el hito simbólico que dio cuenta del fracaso histórico de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. También, fue la imagen que caracterizó la descomposición del reparto duopólico del poder geopolítico mundial configurado en el período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra mundial. La Caída del Muro develó el proceso paralelo llevado a cabo al interior de la URSS por medio de la *glásnost* (‘transparencia’, reformas de liberalización política) y la *perestroika* (‘reestructuración’, reformas de liberalización económica)¹⁷. A fines de 1991, Mijaíl Gorbachov disolvió oficialmente la URSS, permitiendo que la nueva modalidad del capitalismo monetarista ascendente avanzara sobre la órbita soviética, configurando una nueva etapa de su expansión.

El derrumbe de la URSS fue interpretado como el último estertor de los socialismos reales, derrotados por el avance capitalista. El marxismo, en tanto manifestación histórico-política y paradigma teórico, se encontraba en uno de sus momentos más débiles. Era necesario reconocer su derrota, pero también, era necesario desprenderse de las interpretaciones proporcionadas por los ideólogos de la expansión capitalista –el más bullado de todos, Francis Fukuyama– quien había anticipado a fines de la década de los ochenta el “fin de la historia”¹⁸.

Es desde ese entonces que nuestra cercanía con la Revolución de Octubre se comienza a volver más próxima, sobre todo, al momento de observar el presente del sistema capitalista y sus proyecciones en el inicio de la tercera década del siglo XXI. Para ello, es necesario destacar que –a contrapelo de la interpretación liberal hegemónica– surge a principios de los noventa la lectura propuesta por la ‘teoría crítica del valor’ [*Wertkritik*], sintetizada en la obra de Robert Kurz, *El colapso de la modernización* (1991). En dicha obra, a pesar del reconocimiento

la incorporación del ejército ruso en la primera guerra mundial y la podredumbre de sus tropas derrotadas y aniquiladas, sería uno de los principales argumentos para que grandes multitudes de milicianos se trasladaran al bando del Ejército Rojo.

16 Los planes quinquenales comienzan a ser aplicados en 1928. Véase: “Balance del primer plan quinquenal”. Stalin, Joseph. *Cuestiones del leninismo*. Editorial Problemas, Buenos Aires, 1941, pp. 521-568

17 Aganbegyan, Abel. *La perestroika económica. Una revolución en marcha*. Grijalbo, Buenos Aires, 1990. Aganbegyan fue uno de los principales asesores de Mijaíl Gorbachov que impulsaron el proceso de reestructuración económica de la URSS.

18 Fukuyama, Francis “The End of History?” *The National Interest*. 16, summer: 3-18, 1989.

de intensos procesos económicos que podrían ser considerados como importantes avances para las mayorías sociales, tales como: la socialización de los medios de producción, el fortalecimiento de las organizaciones obreras, el incremento del salario y el mejoramiento en la calidad de vida de la clase proletaria y campesina; el ‘modelo planificado del Este’ nunca fue una real alternativa al sistema capitalista. Por el contrario, fue una modalidad que permitió su sobrevivencia y oxigenación. La URSS era parte integrante de la sociedad mundial de la mercancía, y por ende, reproducía igualmente las características centrales del sistema capitalista. Por cierto, lo mismo podría pensarse a partir de la deriva asumida por el Partido Comunista Chino a partir de las reformas liberalizadoras implementadas por Den Xiaoping (1978), y que hoy tienen a China –bajo el liderazgo de Xi Jinping– a las puertas de desbancar, económica, más no militarmente, a EE.UU. En palabras de Kurz:

“El ‘mercado planificado’ del Este, ya desde su denominación, no dejó de lado las categorías del mercado. En consecuencia, en el socialismo real aparecieron también todas las categorías fundamentales del capital: salario, valor y lucro (la ganancia en la administración de empresas). El principio básico del trabajo abstracto no solo apareció, sino que ascendió al máximo. ¿En qué consistía la diferencia sistémica que ahora comienza a disolverse? El socialismo real nunca podría abolir la sociedad capitalista moderna. También pertenece al sistema de producción de mercancías burgués y no disuelve esta forma histórica de socialización en otra, sino que representa otro nivel de desarrollo dentro de la misma formación epocal. Lo que prometía una sociedad posburguesa del futuro terminó siendo un régimen transitorio preburgués y estancado, en camino hacia la modernidad; un fósil prehistórico del pasado heroico del capital”¹⁹.

La radical conclusión de Kurz y los intelectuales de la teoría del valor, es que el derrumbe soviético no es la caída definitiva del comunismo a nivel internacional, sino todo lo contrario, la consolidación de una nueva fase de agotamiento del sistema capitalista mundial, la cual, en las décadas sucesivas extrema procesos de ‘acumulación por desposesión’²⁰, financiarización y concentración monopólica de la riqueza como nunca antes en la historia. No está de más recordar el rol que Chile ha jugado en este proceso en tanto laboratorio del modelo monetarista instaurado a mediados de la década de los 70 en el contexto de un régimen cívico-militar. Una de las preguntas claves que dejan planteada estos teóricos, es ¿cómo puede emerger en este contexto crítico del capitalismo, una apuesta

19 Kurz, Robert. El colapso de la modernización. Del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial. Editorial Marat, Buenos Aires, 2016, p. 45.

20 Harvey, David. El nuevo imperialismo. Akal, Madrid, 2007.

políticamente viable que permita a la sociedad en su conjunto transformar las relaciones sociales que reproducen el sistema capitalista?

Con todo, un período histórico que comparte ciertas de las características sociales, económicas y políticas que estamos observando en la actualidad, es el cambio de siglo que precede a la Revolución de Octubre. Es por este motivo que dicha revolución se ve tan próxima de cara al futuro en el mediano plazo y lo que permite, en definitiva, acercarnos a los acontecimientos revolucionarios de hace un siglo. Nuevamente: porque ciertas condiciones fundamentales de la reproducción capitalista se le asemejan.

No son pocos los autores que han destacado esta característica. No podemos más que dejar enunciado algunos autores de interés para bosquejar algunos aspectos del debate. En una modalidad altamente especializada (y más cercana políticamente a la socialdemocracia), la obra de Thomas Piketty, *El capital en el siglo XXI*, es una de las obras que enfatiza ciertas similitudes entre este siglo y el siglo XIX, en particular, con el período de la *Belle Époque* (fundamentalmente para la Europa occidental, entre 1871-1914)²¹. Desde una perspectiva también especializada (esta vez, más cercana políticamente a perspectivas de izquierda anti-capitalistas), la obra de Xavier Arrizábalo trabaja sobre estas hipótesis de lectura en su investigación *Capitalismo y Economía mundial*²². En un formato distinto, pero no por ello menos interesante ni menos riguroso, el análisis de Atilio Boron –y la comparación explícita que hace el intelectual argentino con las características geopolíticas del imperialismo norteamericano a nivel internacional– permite aventurar que las características de la actual fase capitalista mantiene aspectos similares al cambio de época, incluso agudizando algunos de sus rasgos (predominio militar y geopolítico estadounidense)²³. Finalmente, en el plano nacional, se puede destacar la reciente columna escrita por el historiador Igor Goicovic, quien precisamente ofrece un breve balance a cien años de la Revolución Rusa, precisamente, desde una caracterización actual, crítica y proyectiva. El desenlace de Goicovic, es claro: “Las causas estructurales que explicaron el proceso revolucionario ruso de comienzos del siglo XX tenían que ver con la concentración de la riqueza, la desigualdad, la explotación y la discriminación. Muchas de esas condiciones, expresadas hoy día de forma diferente, siguen plenamente vigentes prácticamente en todo el planeta. En ese contexto el socialismo y en particular la

21 Piketty, Thomas. *El capital en el siglo XXI*. FCE, México D. F., 2014. Véase, a modo de ejemplo, el breve apartado: “¿Será el siglo XXI más desigualitario que el XIX?”, p. 413.

22 Arrizábalo, Xavier. *Capitalismo y economía mundial*. Instituto Marxista de Economía, Madrid, 2014. Véase, a modo de ejemplo, el capítulo 8 denominado: “Crisis, ajuste y crisis (desde 1970): la vuelta a la “normalidad” del imperialismo”.

23 Véase: Boron, Atilio. “La Revolución Rusa: Logros, derrotas, fracasos. Algunas lecciones para América Latina”. En: *Cuadernos Marxistas. Número Especial. A 100 años de la Revolución de Octubre*. Noviembre, 2017.

revolución socialista a escala global, adquieren la misma vigencia”²⁴. Los formatos en que se llega a la misma conclusión son múltiples, al igual que las perspectivas disciplinares y por supuesto los enfoques políticos. A pesar de todo, pareciera haber cierto consenso sobre las similitudes en los procesos históricos (período de cambio de siglo, del XIX al XX y del XX al XXI).

En efecto, si las condiciones históricas acaecidas en los dos últimos cambios de siglo tienen características similares, ¿esto quiere decir que en los próximos años tendremos estallidos revolucionarios tan asombrosos como los de antaño? No necesariamente. La emergencia de la negatividad, en tanto acontecimiento, es imposible que sea decodificada a priori y a “ciencia exacta” por los instrumentos de medición y diagnósticos tradicionales²⁵. Aunque ha de reconocerse que la agudización de la crisis capitalista tiene resonancias sociopolíticas que no le son ajenas. Tal es el caso de la crisis subprime del 2008 –la más importante desde 1929– y la proliferación de movimientos emergentes desperdigados al más puro estilo de la “primavera de los pueblos”, ya no en 1848, sino en el 2011 (‘Primavera Árabe’, ‘Occupy Wall Street’, ‘15-M’, ‘Movimiento Social por la Educación’). Como diría el economista Rafael Agacino analizando el caso nacional, estas son las pruebas de un capitalismo maduro que ya comienza a mostrar sus arrugas, y por ende, su agotamiento²⁶.

Con este último argumento, es que es necesario relevar -a modo de cierre- una de las lecciones más importantes que se desprenden de la Revolución de Octubre en particular, y del ‘genio bolchevique’ en general, esto es: el ejercicio permanente de historizar; de actualizar la práctica-teórica de la revolución, y de efectivizar; de realizar la teoría-práctica de la revolución.

24 Goicovic, Igor. “A cien años de la revolución bolchevique”. *El Mostrador*, 30 de noviembre, 2017. Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2017/11/30/a-cien-anos-de-la-revolucion-bolchevique/>

25 Dentro del escenario sociopolítico nacional, esta es una de las aristas interpretativas que seguimos con Alberto Mayol en un libro de reciente aparición, *Frente Amplio en el momento cero. Del acontecimiento de 2011 hasta su irrupción electoral en 2017*. Catalonia, Santiago, 2017.

26 Agacino, Rafael. “La contrarrevolución neoliberal chilena y la construcción política estratégica para el hoy”. Prólogo a la obra de Gaudichaud, Franck. *Las fisuras del neoliberalismo chileno. Trabajo, crisis de la «democracia tutelada» y conflictos de clases*. Quimantú y Tiempo Robado, Santiago, 2015.